

VERSO Y PROSA

BOLETIN DE LA JOVEN LITERATURA

AÑO I

MURCIA - 1927 - FEBRERO

NÚM. 2

DEDICATORIA

A la santita del camarín
donde hay dos velas y un jazmín,
una lámpara verde oliva
y un monaguillo que no se santigua.

A la santita del camarín
donde oficia el padre Belloto
catador de Anís
del Mono.

NOTICIA

Apolo llegó temprano.
Antes que el exprés de Irún
con mil cancionetas
y, por bocina, la luz.

Traía copiosa
carga de hojas verdes
para hacer los árboles
del estío, alegres.

Desde mi ventana
ví cómo ponía
las hojillas tiernas
en las varas lisas.

Y como apañaba
el lecho de Venus
con rosas de amor
y caprichos tiernos.

Para la mosca es un cielo absurdo el cristal de la ventana. Aire cristalizado, azul y blanco cristalizado, luz cristalizada, fulgor endurecido.

En este nuevo cielo ha de topar y andar, pero no volar. Conserva todo el aspecto del antiguo peso con una extraña nota, verdaderamente incomprensible: la dureza.

Era el cielo anteriormente la más sensible idea de lo infinito y sin trabas. Ahora de lo limitado y obstruido. ¿Es que termina el cielo en esta nueva forma? O mejor dicho: ¿Es el cristal la forma del cielo?

La mosca verá que no. Que más allá de este cielo absurdo está el rosal trepador, una de cuyas rosas queda separada de ella solamente por el espesor del vidrio. Pero advierte que no puede recorrer sus pétalos ni penetrar en sus intimidades. Tampoco logra recibir su perfume ni palpar la ternura de su cuerpo. La mosca se desespera ante el absurdo. Sube y baja, topa y zumba. No se aviene. Trabaja, se afana y cuando no puede bullir más, se posa y estampa su negro puntito que viene a ser venganza y oprobio para el cristal, para el cielo, para la luz, para el aire y los finos colores.

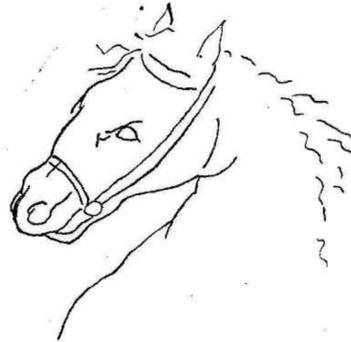
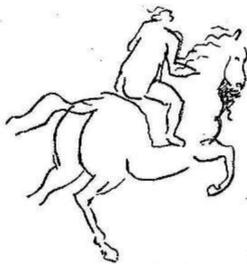
FRAGMENTO

Y el gran buzo del mar
con tridente y caballos de agua
me conduce a los senos marinos
misteriosos como religiones.

Las crines de las olas eran fustas de nieve
sobre el zarco celaje al arrancar Neptuno;
después, humedecidas y a cien leguas profundas
se hicieron culebros de fósforo y de sombra.

Y yo fui con Neptuno el de las jacas verdes
cuyas crines son fustas de nieve en fondo zarco
por el haz de los mares y los senos marinos
misteriosos como religiones.

Y yo fui con Silvano, el de la flauta agreste
a cuyos silbos se enredan y destejen los cuerpos
bordeando los lagos, taladrando las selvas
misteriosas como religiones.



A Juan Guerrero
7. Moreno Villa

MECANICA

Si el toro yace y el pájaro duerme,
Diana contempla a su pastor;
Si el barco pelagra y el río no para,
Al limbo del sueño va el amor.

Si resucito en mi noche
y Apolo vuelve, todo sol,
es porque río, barco, toro,
árbol, Diana y Endimión
son celestes y son mecánicos,
hijos de Zeus y del reloj.

Abre su puerta rosa la Aurora;
todo brinca y recobra voz;
canta el árbol su verde aria,
y a cielo suena el ruiseñor.

Qué larga dicha ofrece el agua,
el aire, el trigo, el sol!
«Esta leticia del campo claro
es eterna», dice el amor.

* * *

Pero en la ruta se despeña
con sus caballos Faetón,
y la fuerza prima del alma
es a la tarde sopor.

Ya no suenan los rubios cánticos,
de noche es plata la canción—;
Ya no queman grandes anhelos,
—de noche es otro el corazón—.

Vela mi sueño, árbol que creces
día y noche a lento sabor;
Vela mi sueño, río que pasas
día y noche a lento rumor;

Vela mi noche, tiempo que miras
sin entrañas la creación;
Vela mi noche y haz que sea
profunda, sin rendija de sol.

Y yo fui con Diana, cazadora sin falla
cuyos perros husmean las piezas más sutiles
por los despeñaderos y tajos
misteriosos como religiones.

Y fui con Venus blanca, hija de las espumas
la que rige y despista con ceguezuelo amor
en sus reinos de imprecisas lejanías
misteriosos como religiones.

JOSÉ MORENO VILLA

POESÍA

¡Cuántas dulces promesas indecisas
abre el cielo total, claro en su calma!
¡Inabordable mar! Sólo una nube
la blanca fuga lleva hacia la nada.

Esa luz refulgente en el espacio
resbalando su onda por la brisa,
ilumina las cosas con perfiles
de esbelta exactitud. ¡Nueva es la vida!

¡Arboleda sin sombra, aunque naciente
su verdor otra vez! ¡Hojas de nuevo!
Delgadísimos ramos en las ramas
dan al viento final trémulos dejos.

El orbe, que tan vasto, inaccesible
escapaba a los ojos, entre lirios
moja su leve imagen desdoblada,
inmóvil, pero viva tras sus visos.

Todo el cielo, la luz, ese oleaje
de ramas en el viento, esa arboleda,
evidentes están... ¡Forma son tuya,
renovado prodigio: primavera!

LUIS CERNUDA

Veleta de locura

«De más viento en el viento»
JORGE GUILLÉN

Veleta: puesta en el cielo como un grito, alerta y vigilante, voluble centinela de los vientos; loca virginidad.

Mi razón de ser—dijo la veleta—es locura.

Del aire—callado son divino—la veleta es el diapasón espiritual.

La veleta señala todos los caminos a la ventura.

Si eres variable, en la variación hallarás tu permanencia.

En la variación está el gusto de la eternidad.

Gusto de veleta: locura.

La constancia de la veleta es cambiar.

Veleta: si el viento no se fija en tí, tu estás fija en el viento.

Pensamiento: veleta de locura.

La veleta no se entumece cuando le da un aire, ni se enfría.—Procura que los vientos no te cojan nunca en mala postura—dice la veleta.

Al empuje del mismo viento, todas las veletas varían igual.

La disparatada gritería de las veletas en los aires clama al cielo.

Antes que cante el gallo en la veleta no da tiempo a negar.

Forma de pasión y de burla, veleta: figura perdurable.

La veleta es reló de viento: cuenta—y canta—la eternidad.

Veleta: ancla de estrellas y luceros; señal pura, tangible, de lo eterno.

La veleta es signo indicador de todas las rutas volanderas; guía la circulación de los planetas y los pájaros.

Veleta, hija del viento, virgen loca: tu aire familiar es divino.

Epistolario

Carta citada fragmentariamente por Fernando Vela en su ensayo sobre La poesía pura («Revista de Occidente», Noviembre de 1926).

Valladolid, Viernes Santo, 2 de Abril de 1926.

Mi querido Vela: ¡Viernes Santo! ¿Cómo hablar de poesía pura, en este día, sin énfasis? Porque lo de *puro*, tan ambiguo, con tantas resonancias morales, empuja ya al énfasis, a la confusión y a poner en la pureza todos los «Encantos de Viernes Santo», como ha hecho el abate Brémond, cuyo punto de vista no puede ser más opuesto al de cualquiera «poesía pura», como me decía hace pocas semanas el propio Valéry. Brémond ha sido y es útil: representa la apologética popular, una como catequística poética para el domingo por la mañana. Y su discurso es un sermón. Pero, ¡qué lejos está todo ese misticismo, con su fantasma metafísico e inefable, de la poesía pura, según Poe, según Valéry o según los jóvenes de allí o de aquí! Brémond habla de la poesía en el poeta, de un estado poético, y eso ya es mala señal. No, no. No hay más poesía que la realizada en el poema, —y de ningún modo puede oponerse al poema un «estado» inefable que se corrompe al realizarse, y que por milagro atraviesa el cuerpo poemático: lo que el buen abate llama confusamente «ritmos, imágenes, ideas, etc». Poesía pura es matemática y es química —y nada más, en el buen sentido de esa expresión lanzada por Valéry, —y que han hecho suya algunos jóvenes, matemáticos o químicos, entendiéndola de modo muy diferente —pero siempre dentro de esa dirección inicial y fundamental. El mismo Valéry me lo repetía, una vez más, cierta mañana de la rue de Villejust. Poesía pura es todo lo que permanece en el poema después de haber eliminado todo lo que no es poesía. —Pura es igual a simple, químicamente. Lo cual implica, pues, una definición esencial; y aquí surgen las variaciones. Puede ser este concepto aplicable a la poesía ya hecha, y cabría una historia de la poesía española, determinando la *cantidad* —y por lo tanto la *naturaleza* —de elementos simples poéticos que haya en esas enormes compilaciones heterogéneas del pasado. Es el propósito que guía, por ejemplo, a un Gerardo Diego —y a mí también —. Pero cabe asimismo la fabricación —la creación — de un poema compuesto únicamente de elementos poéticos, en todo el rigor del análisis: poesía poética, poesía pura —poesía simple, prefiero yo para evitar los equívocos de abate. Es lo que se propone, por ejemplo, nuestro amigo Gerardo Diego en sus obras creacionistas. Como a lo *puro* lo llamo *simple*, me decido resueltamente por la poesía compuesta, compleja, por el poema con poesía y otras cosas humanas. En suma, una «poesía bastante pura» *ma non troppo*, si se toma como unidad de comparación el elemento *simple* en todo su inhumano o sobrehumano rigor posible, teórico. Prácticamente, con referencia a la poesía realista o con fines sentimentales, ideológicos, morales, corriente en el mercado, esta «poesía bastante pura» resulta todavía ¡ay! demasiado inhumana, demasiado irrespirable y demasiado aburrida. Pero no terminaría nunca. Aquí lo dejo.

... Su amigo

JORGE GUILLÉN

Caprichosa como las nubes, consecuente como los astros: la veleta es el alegre corazón del viento, mudable en la constancia, constante en variar.

Veleta, en el viento desvelada: al amor de los cielos, variable, permanece tu veleidad.

JOSÉ BERGAMÍN

El peluquero de Sevilla

I

Matinal:

el templado alegre del pregón

Para que no se distraigan de la capa grana, Almaviva insiste. Apeñas ha muerto. Color de su siglo.

Queda en la disposición de su figura el alerta.

Bordón que deja el eco...

Pero el fulgor sevillano entrevisto —entreabierto— en el «ballet» de la Rusia zarista —a los ojos de todo un abono de pieles y joyas peligrosas (a la batuta) ¿no insiste también?

A veces en el periódico ilustrado con Caballeros de Calatrava.

La fotografía y debajo:

«X que ayer tomó el hábito de la Orden de Calatrava»

(Y grandes episodios más)

(Solo que no se cuentan)

Ignoro en la progresiva transformación del tipo, en qué «team» de fútbol se hallarán sus cintas. Ni en qué emocionada cortesía surtirán la pequeña jácara.

Entre tantos aventureros, método bajo el brazo, lujo en ristre y el alma bajo capa grana, agonizamos el donaire.

Don Aire. ¡Celeste tirón de fantasía!

Don Aire. Libres coplas de «Figaro».

Las que entona tañendo la vihuela.

En el verano. Aquella noche de la única nocturnidad. (¡Transparencia fija!)

Agosto y Sevilla. Aquel año, el más joven y barberillo de los años.

Un año —inmortalidad— del siglo XVIII.

Héme triste. Poco importante.

Cual si todo el pasado, el fragmentario pintoresco, diluyese en nieve.

En el templado alegre

En el templado alegre del pregón

En el templado alegre del pregón frío.

II

Tarde:

Un automóvil con ruedas amarillas

Contemplemos una armadura. La vence el guante.

Si Rosina tira su guante sobre un ejército, el ejército suspira siguiéndole en el viento. Naturalmente abusa.

Ríe con el otro. Y se va al espectáculo, a ver qué hay en el espectáculo. Y ve la comedia Y se apoya en la baranda del palco.

El rostro entre las manos.

(Explicaciones de lo recóndito...)

En la Edad Media un caballero que fué a cualquier Cruzada la puso un cinturón de castidad.

Cuando volvió lo había roto.

(El cruzado se metió el pico en el corazón y la dió un beso)

Ella le convenció.

Y pió el pajarero burlesco

«Rosina la de la voz flautina»

Monja en otro tiempo. Bastante.

Una dama tan fina —y finística— tan cristal en flor, que se estropea porque se despinta...

Retrato de reina, de la escuela francesa.

Portera del 14

Y moza de mesón, horrible.

Nómina incompleta de la joven literatura

NEVILLE, Edgar. —De Madrid.

Muchacho que lo será siempre. Salta sobre las cosas en quiebro de buen deportista. Yo he visto como volatínean en la pista de su mano los cinco dedos desarticulados de Neville, y he pensado que su espíritu sabe también de esos divertidos descoyuntamientos. Pero quien escribe «El preso» merece ser tenido como un número de cierta fuerza en la pista literaria que él ha tomado por asalto. A Neville no se le podría retratar sino en la calle. Cualquier retrato que exigiera por parte de él cierta pose, no sería veraz. Neville, a más de humorista, jugador de hockey, antiguo combatiente y conde, es un paseante que siempre va de prisa. Yo nunca olvidaré que preparó sus oposiciones a diplomático en el Metro, en un solo trayecto de Sol a Antón Martín. Presumo que no morirá de arterioesclerosis.

TORRE, Guillermo de. —De Madrid.

Puertollano se lo querrá apropiarse, pero Madrid no podrá retenerlo, porque sus biógrafos de cámara lo harán natural de Cosmópolis.

Posee el secreto de un barniz que asegura la adolescencia eterna. Salvo el día en que un error —no podía ser de otro modo— le condujo a la Cárcel Modelo —Modelo llegó él a decir— su vida está ausente de toda peripecia. Comienza ahora a escribir en castellano. Mecanógrafo infatigable. Radioescucha que se adueña de todas las ondas. Dará la vuelta al mundo, mejor en un trasatlántico que en un carábo, naturalmente. Pero siempre en algún esdrújulo, recalando en todos los temas de su tiempo, apercebida de continuo el ancla de su curiosidad. Viste según figurines «ballet russe».

MELCHOR FERNANDEZ ALMAGRO

MELCHOR FERNANDEZ ALMAGRO. —Granadino, arraigado en Madrid. Arabe de este siglo —bigote charlotesco, rostro recién rasurado, ojos profundos, tez morena— siempre ofrece a su encuentro un gesto acogedor y franco de moro amigo. Quien no le conozca tal vez dirá: ¿a qué orquesta de jazz-band pertenecerá éste? Cuando llega a un café, se lo disputan todas las tertulias.

Crítico de teatros, ejerce su ministerio noblemente a prueba de adulaciones o diatribas. Con autoridad limpiamente lograda presta su nombre al mejor periodismo, y paralela a esta cotidiana labor va realizando en silencio su obra.

Pudo ser universitario como Ortega, Salinas o Guillén. Ha preferido a la cátedra el ámbito libre de la literatura donde pronto será reconocido como maestro ejemplar.

V y P

Si no fué más, fué porque Dios no quiso.

Por la mañana al levantarse andorrea en chanclas por la casa.

A la hora del Boulevard surge en el capítulo de Bourget. En el verso, en neblina de violeta suave.

En las almas —entre briosos alarides.

(Bah.

Nadie comprenderá mi son, ni mis extremos).

Cierto día tuvo el hijo.

El último amante había partido en un automóvil encendido, de ruedas amarillas.

(De día, un Crepúsculo)

Rosina, sollozaba.

Rodó por la Prensa el reclamo del padre perdido.

Y se presentó Uno.

Discreto. Con barbita gris y una condecoración.

La ocasión decapitó sus cánticos. Y los divos se agitaron en la epilepsia de la fermata.

ANTONIO ESPINA.

GÓNGORA, 1927

A RAFAEL ALBERTI

La más hermosa ausencia de tu tinta
ha decorado con su olvido vago
—pliego que no llegó no se despinta—

este aposento que al mentido halago
de musas de hoy, de ayer y aun de mañana
atiende desde el día de Santiago.

Cuando al frisar la hora meridiana
me dejaba acunar, depuesto el peso
en brazos de la espuma verde y cana,

yo meditaba en ti exprofeso
y en tu blanca sirena submarina
proveedora de sal y esquiva al beso.

Pensaba en la trainera aguda y fina
que las olas enhebra con su aguja
por la regata azul de ventolina,

cuando el ritmo en los torsos se dibuja,
y se abre y cierra el vuelo de las palas
y la voz del patrón ahinca y empuja.

Así, tendido en las flotantes salas,
modelado del mar que me acaricia
con el tacto infinito de sus alas,

pensé, almirante, en tí, y en la solsticia
luz de tu mar abierto al sur de plata
y al cabotaje que tu verso oficia.

También entre nosotros se aclimata
el sol de agosto, y bruñe la onda espesa,
y la brisa alza cúmulos de nata;

la arena de oro cuando el mar la besa,
su polvillo de nácares olvida
y entre los pies se nos enreda presa,

y larga y lentamente humedecida
se satina y de yodo se oscurece
como el escote que Leonor descuida.

Pero permite que mi cargo empiece,
y que, enterrando imágenes de playa,
dé a tu silencio el pago que merece.

Y que en nombre de Góngora, atalaya
al año venidero, recrimine
tu proceder que excede de la raya.

Ahora que el fútbol vuelve y vuelve el cine,
hora es de que te incite al noble empeño
y a tu urgente trabajo te encamine.

Recordarás quizá como en un sueño
las peñas de la Granja y de Miyares
ante el bock rubio o el licor cenceño.

Para honrar a Don Luis, las singulares
tareas repartimos. A ti toca
sonsacar a los cultos de sus lares.

A los nietos de Góngora convoca
a que ordeñen los pechos de su musa
viva y caliente, si ya no es de roca.

Insiste, estrecha, apremia, y si rehusa
alguno, o ya vencido o pudoroso,
vuélvelo tú a la fe con frente ilusa.

Ciérrales la salida en recio acoso,
como ví a los jinetes andaluces
acorrallar al toro temeroso.

Pídeles por la gloria de sus cruces,
que por Don Luis de Góngora y Argote
vistan su terno de más vivas luces.

Yo te diré los gongorinos. Yo te
recordaré sus nombres. El Parnaso
conoció nunca más florido lote.

Tres maduros maestros abren paso,
ejemplo ya a las lirás juveniles,
aún antes de inclinarse hacia el ocaso.

Barbas, de chivo un tiempo, hoy en viriles
hilos—plata y ceniza—desatadas,
como blondas de mar por los cantiles,

o barbas negras, árabes, talladas
a filo de hacha, como quiso el griego,
ya tú bien las conoces, obstinadas.

El otro, con su ausencia a cuestras, ciego
va de armonía por sus soledades,
con Dios hablando y, para el mundo, lego.

Buscarás al que vive en dos mitades,
de nuestro tiempo víctima: la pluma
y el pincel le duplican voluntades,

y por el norte gris, que agrío rezuma,
si ya no en la colonia de Trajano,
al cónsul pirenaico de la bruma.

Hallarás enlazados de la mano,
Cástor y Pólux frente a la Sorbona
o sobre el limpio fondo castellano,

o tal vez—borla azul—en la poltrona,
comentando a Don Luis verso por verso,
un perfil corvo, una cabal persona.

Y con risa de niño en su universo,
«ciervo de espuma y rey del monterío»
al juglar devotísimo y disperso.

No te hablaré de aquel que del sombrío
antro en que palimpsesta y filóloga
libertamos un día turbio y frío.

Tú sabes que es poeta, que interroga
a las estrellas número y secreto
y lo mece consigo y monologa.

Ni a alondras de París pongas el veto,
aunque ignores tal vez su melodía,
bella entre todas, yo te lo prometo.

Aludo a aquel que obtuvo la poesía
desnuda y nueva, creada de su mano,
sin prosa, sin intérprete y sin guía;

y al otro fiel, mi inseparable hermano,
que amasa sus milagros favorables
con el más puro gesto cotidiano.

Y espero desparrames otros cables
a voces frescas, tiernas de futuro
y con ellas la llama mutua entables.

Orlad de amor y gracia el alto muro,
o como pájaros tibios de la aurora
que expulsan su secreto prematuro,

antes que el bedel diga: ya es la hora,
bedel zoilo que siempre tarde llega,
aunque el reloj la hora corrobora.

Y mientras él los ojos se restrega
y compulsos los datos oficiales
tu tafetán, Don Luis, ya se despliega

sobre docena y media de leales.

GERARDO DIEGO

Escrita y cursada esta epístola en Setiembre (1926) se imprime ahora sin retocar su intimidad. Los poetas aludidos a quienes se había de invitar para el homenaje poético a Góngora, fueron elegidos no por mí, sino por el grupo de amigos de Góngora en las reuniones organizadoras. Cuando escribí esta carta no me consideré autorizado para incluir otros poetas que por mi gusto particular deberían formar parte de la lista gongorina. Tengo entendido que ya la fálange que se apresta bajo el glorioso tafetán excede dichosamente de la «docena y media» invocada.—G. D.

IMÁGENES CREADAS

Estoy seguro de que ninguna vez se ha intentado en nuestra poesía obtener una imagen pura y creada, es decir, sin valor conceptual, ni contenido realista o traslativo, pero es seguro que alguna se ha conseguido.

La fusión de voces ideológicamente inconexas pero cuya mixtura puede tener valor poético, al crear un mundo de imágenes no terrícolas, nunca ha sido aspiración de nuestra poesía. Pero, por otra parte, es preciso reconocer que a veces se ha rozado, si no logrado, tal objetivo y por ello vale la pena de examinar el proceso seguido para tal logro.

La preveniencia ha sido siempre metafórica. En resumen provisional, valga la paradoja, puede decirse que han procedido siempre de una comparación a la que se ha suprimido el término comparativo, uniendo dos relaciones distantes de un salto.

Toda una octava de la *Fábula de Pan y Siringa*, por don Plácido de Aguilar, que Tirso de Molina ponderó al incluirla en sus *Cigarrales*, o mejor dicho, en los de *Toledo*, ofrece a pares en cada verso imágenes que para ser totalmente creadas sólo les falta no estar adheridas a obvios recuerdos metafóricos. Es así:

Barriendo estrellas, flores matizando,
cerniendo aljófara, luces produciendo,
prados vistiendo, nubes bosquejando,
sembrando aromas, rosas descogiendo,
templando vientos, fuentes aclarando,
granates en mosquetas envolviendo,
mostraba el rostro la rosada Aurora,
jazmín y rosicler hurtando a Flora.

Casi ninguna de las acciones propias de los verbos empleados es, en su directo sentido, congruente con los sujetos en que se emplea. Barrer estrellas, vestir prados, sembrar aromas, envolver granates en mosquetas sobre todo, conceptualmente son despropósitos que un aferrado a la llaneza y severidad clásicas debe mirar con ceño.

Claro que el ser muy evidente el sentido traslativo, por aclararle otras más obvias metáforas adyacentes, hace que se acepten por normales. Y sin embargo, el poeta que frenéticamente bebía el aliento a Góngora en su fábula de Polifemo, bien debía darse cuenta de que tentaba, no sin osadía, un camino distinto del de la imitación de la naturaleza, que era el tradicional.

En todos estos casos favorece la comprensión de la metáfora además, el tratarse de una sencilla, aunque disimulada. Solo el verso granates en mosquetas envolviendo,

ofrece una mayor complicación y por ello se aproxima más a la pura imagen creada.

Esto vamos a comprobarlo mejor en otro ejemplo en que la superposición de dos metáforas aproximan aún más el resultado a la imagen creada. Es de un gran soneto de Salvador Jacinto Polo de Medina.

Vanidad de esmeralda que en el viento bate tornasolada argentería,

dice dirigiéndose a un álamo.

Vanidad de esmeralda. He aquí dos metáforas que separadas se aproximarían más o menos a la imagen que hoy busca un creacionista, pero que juntas logran la ilusión perfecta de un hallazgo de escuela. Las dos metáforas serían: ramaje de esmeralda y vanidad de ramas. Al suprimir el término con que aparecería evidente cada una, quedan los dos extremos, vanidad y esmeralda, unidos, formando una expresión literalmente vacía de contenido conceptual, horra de sentido aún metafórico. Los versos siguientes y anteriores la centran en su distinguido lugar metafórico y el valor plenamente poético le adquiere cuando esto nos permite referir el hallazgo al álamo.

Sin tal referencia tendríamos dos bellas palabras unidas que llegarían a producirnos un brumoso halago de adivinadora sugestión; algo semejante a ciertos extremos simbolistas. No gran cosa, ciertamente. La adherencia a una realidad concreta es lo que hace a la imagen cobrar plenitud. Disimúlase cuanto se quiera la cuerda de la cometa ha de estar siempre en la mano. La imagen pura y creada, aún caso de conseguida, es el glóbulo de hidrógeno que rompe su amarra y se pierde a nuestra vista, si ya no estalla al enrarecerse un poco la atmósfera.

Una creación pura tiene algo de satánica. Para las más ambiciosas metafísicas, toda cosa creada tiene su arquetipo o idea. Aún Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. Y fué una auténtica creación..

JOSÉ M.^a DE COSSIO

Tres estudios fáciles

—Todo lo que nosotros le hemos agregado, desde la belleza aprendida en los libros hasta las constelaciones de gotas temblorosas caídas sobre él de cada urna de luz municipal o marinera, va desapareciendo a gusto de escenario, con la propia intención con que las nubes espesadas ante *La Valse* de Ravel se deshilan fluidas para descubrir una Creación de ritmos en apogeo. Y el río, purificado, libre de su atavío a la medida, confidencial, irónico y temible, nos remarca en voz poderosa y baja su verdadero valor de cosa planetaria, su calidad de zanja abierta por la mano de Dios a lo largo de las provincias, a lo largo de los países, sobre la carne solitaria del mundo, sobre la pura indolencia de un astro sin importancia humana, ignorante de la urbe y el riel, la cortijada y el pilar telegráfico que le han salido encima sin que él sepa bien cómo, semejante a eczemas tolerados por insignificantes.

Es un trance increíble de puro lírico, de puro familiar que nos parece la voz, tan vaga sin embargo, nacida en ese plano que nos envía la parestesia estremecedora y el sueño irreconstruible aunque invasor de mucha despierta sensibilidad. A la luz de un relámpago de sabiduría, entrevemos al mundo saturado de su cualidad cósmica, desesperándonos, ignorándonos, haciendo su vida particular, toda fenómenos independientes y suyos, respirando electricidad, sudando rocío, combinando sus minerales secreciones internas, abriendo su sombrilla de vapores, vigilando la economía del viento y de las

aguas que corren por sus venas hacia los grandes corazones marinos.

Mecanismo gigante, bestia domada y dócil, surca el infinito con la aparente inercia bruta con que se hunde en el agua el monstruo de los ríos. Orgánico, regido, conducido, el cuerpo vivo que nos transporta encima sin él saber cómo nos enseña sus leyes, sus errores, su hermenéutica, su sentido moral y hasta sus prejuicios. Una penetración pavorosa nos lleva a analizarlo compasadamente, separándole sin literatura el sistema óseo, el sistema circulatorio, las funciones reproductivas y nutritivas, la neurastenia, atizada por la fatalidad.

Cuando se llega a atribuirles calidad de esqueleto ¿qué vale la poesía que puedan excitar esos convencionalismos estéticos llamados Mulacén, Himalaya o Mont Blanc? Cuando se les ha visto, siquiera sea un instante, en su valor de vello vegetal brotado a la frescura de una axila sublime ¿qué mejor glosa de los altos cedros, de los pinos sonoros, de la flor inexpresiva y tan pobre de suyo? Y junto a la significación biológica de este pulso planetario que late de una manera nueva ante nuestros ojos bendecidos o castigados ¿qué dicen las menudas peripecias basadas en un pobre reflejo de sauce, en una entrecortada salpicadura de luna, en cualquier arabesco rizado por un ala de gaviota, en la niña que baja a la orilla y se mira en el agua, pensativa entre las adelfas?

¡Oh río! Como el árbol, el viento y la montaña, tienes fuerza para hacernos sentir según tú mismo, sin recordar al hombre y lo que hace.

El que meditaba junto al agua corriente volvió a preguntarse: ¿No es vana petulancia separar a la humanidad del eterno concierto? La humanidad se despista cuando adquiere conciencia de sí. Yerra cuando se tiene por simple espectadora; pero si acepta en el juego un papel, ciego y disciplinado como los demás, gana un valor suficiente, decoroso y juicioso. Bien puede ser la humanidad el sistema hepático del mundo y el hombre una partícula de secreción biliar. El hombre es amargo y se escurre por canalillos agrupados a manera de glándulas que nos divierte llamar ciudades mientras aprendemos a hablar con juicio. Yo mismo me siento muy honrado considerándome una exhalación de río, un sudor de montaña, una segregación que alivia al bosque y lo sana. Y a mi vez, en mi calidad de concreción sobrante y deducida, tengo parte de bosque, de corriente, de nube. Mi estacionamiento es un dinamismo que me pone junto a todo. Soy una parte. ¡Qué consuelo! Formo la suma y eso es algo voluptuoso. Debo ignorar la forma y la distancia, carnes de la ausencia, vidas de la pena. Y como voy mezclado al aire que me conoce y al agua que me dice adiós, mañana estaré, ahora mismo estoy ya, donde hace poco sufrí de no encontrarme, agobiado por el histórico prejuicio de tratar a este río como un camino que separa, cuando es un brazo mío que evapora el espacio, brazo cuyo delta es mi mano extendida, sosteniendo en su palma, eternamente, presentemente, la inmediata criatura que juzgué tan apartada. Y siendo agua, juego ya con sus piés estrechos, sobresaltando suavemente cada uno de sus alhelíes. Y siendo soplo, me estoy sintiendo en el corazón de su sangre, pasando el exquisito caucho de sus labios y el puente dulce de su lengua—¿no hay un puente que va a la eternidad? Y viviendo en un hilo de luna, puedo cruzar la noche en que respira, nada más que para dejarla, yacente, como esté, pero distinta: color de vida terminada a su tiempo, definitiva forma sin retoque, a salvo de seguir, muy bien a salvo de las fatalidades que ya cuentan con ella.

El momento estuvo como perdonado por el tiempo y se vivía como se vive fuera de la ley cuando no morimos aunque el pulso se interrumpa; luego ha pasado una barca y su deslizamiento sigue perpetuado por la movediza escarificación que traza su quilla y la baja canción que canta su barquero;

las dos huellas de belleza circunstancial hacen más consistente el perfume del río, olor ingrato que place sin saberse por qué, tal vez porque anticipa el olor de la mar sin perder por completo la exhalación fangosa de los arriates de tierra adentro.

Un palpable relente salino—amplitud de litoral, intimidad de llanto—y la sinusoide cantada que brotó del corazón usual, vuelven a combatir a la verdad y a multiplicarla por sección; una parte, ya todo, es el rojo parpadeo de la casita que se empuja sobre otras en el declive de la sierra incipiente; otra porción, diversa ya también, es el ondear de la enseña extranjera que señala un hogar acunado por aguas que le sorprenden; otra, vive en un humo de barco; otra, en un cabeceo de eucalipto que roba y devuelve la luna. Y el alma toma a ver su posesión disputada por sentimientos dobles, enemigos, igualmente raptos: la heredada poesía que ama el pozo, la parra y la tapia encalada, el ansia lírica de descubrir estrellas en la fiebre de las navegaciones... Cada presencia vale su valor y el corazón se ensimisma hasta ignorar el suyo bajo la campana de inmensidad. ¡Cuántas cosas palpitan a su lado también! pero lejos lo que está lejos, y lo cercano, nada más que en él está.

R. PORLAN Y MERLO

Libros y Revistas

«EL OBISPO LEPROSO»

Cuando la tardía fortuna nos regala con alguna novela del orfebre Miró, con todos los respetos para la normativa del género, lo que menos persigo y anhelo, entre sus iluminados portafolios de prosa, es la intriga, base de aquél. Lo que nos seduce siempre con sus benvenutescos primores, es el episodio, y la perspectiva del relato. Y como el libro, indefectiblemente, es una joyante sarta de ellos, engarzada por un sutil hilo común que no se corta, sino, diríamos mejor, que se desvanece al final, vamos de uno en otro, ansiosa y agradablemente, muy distraídos y despreocupados de cualquier suerte de desenlace, y del destino de los personajes, con la frívola comezón del que hace visita, lenta y gradual, a una sorprendente exposición de acuarelas.

Porque este penetrante «visual» levantino, que mira, intenso y simultáneo, con la retina y con el alma, viene a ser eso para mí un genial y formidable acuarelista, con toda la nitidez, frescura, y fantasía del procedimiento: Un acuarelista que, a veces, por su vigor y claro-oscuro, da en aguafortista, y alcanza siempre fascinantes efectos de plasticidad.

Se le llama poeta, y lo es, sin duda, predominantemente. Impresionista?... Puede que no, por su acurada y nimia molición de la descripción y del detalle. Pero, ¿acaso no respiramos en sus prosas—como Mirbeau en las telas de Monet—«las olores de la tierra, los soplos de las brisas hurlantes o tranquilas», ni vemos y sentimos en ellas «la tierra temblorosa y calenturienta bajo el trabajo de las savias, el sol palpitante y la sombra dormida, las nubes infladas en la gloria purpúrea del atardecer o despiertas ante la virginidad de la mañana»?

Aquel lazado obispo—que tiene un algo de la leyenda de Loaces venerable, y un mucho de la íntima semblanza de prelados hodiernos—eje y símbolo de la vida mansa y torturada de la arrinconada Oleza, de sensuales fragancias, que la pluma de Gabriel Miró ha arrancado del sopor ingenuo y levítico hasta la inmortalidad de las letras contemporáneas; aquella «frente energética interrumpida por un solideo morado, aquella mirada cansada que buscó la ciudad hundida en el vaho del día, trazando sobre ella sus dedos, con un resplandor de joya, una rápida bendición», y a cuya triunfal entrada *in palam* asistimos interesados desde el precursor miradero de «Nuestro Padre San Daniel»—es ahora el coribante, un tanto velado, en cuyo torno danzan, preciosistamente dibujados—demasiado abstractos en fuerza de concreción pintoresca—otras figuras y figurones, femeninos, sacerdotales, y seculares, cuyo doble creemos revivir todavía los que frecuentamos la ciudad de los campanarios vetustos, de los colegiales apuestos, de las golosinas profusas, de las mujeres de primera categoría y los canónigos de segunda. Es una exaltación, lograda sobre tapicería polimita, en un telar que alterna una hebra de ternura con otra de ironía, de la ciudad mansueta, testigo de la adolescencia del autor, de la que, «no olvidada nunca sus largas temporadas pasadas en la enfermería de un colegio de jesuitas, desde cuyas ventanas ha sentido las primeras tristezas estéticas, viendo en los crepúsculos los valles apagados y las cumbres encendidas de sol». Por allí pasaba el tren envidiable y sobresaltador que oía en el estu-

dio, como nos cuenta en «El humo dormido», y por allí se va el que, en el último capítulo de este libro—con la melancolía del que cierra, después de abanicar suavemente con él, un varillaje de sándalo antiguo—vemos llevarse, por entre huertas y laderas, a Doña Purita, bajo la carga de flores ofrenda de despedida, del abacial y doctor Don Magín, que vuelve, como todos los otros tipos, que se nos familiarizan dócilmente, a sumergirse en el sosiego vernáculo de la perezosa y sahumada urbe.

Paréceme, en ésta, como en alguna otra de sus obras, observar en Miró un visible afán, a veces, de querer sustanciar su frase, y buscar, sobriamente y en derechura, la trama. Pero el corcel del estilo—un estilo cortado, que es, no embargante, el más recargado y deliciosamente barroco de los estilos—se le desboca pronto y encabrita, y allá se va felizmente hacia la enmarañada selva de matices, que tan egregiamente conoce y domina, con digresiones que sólo a él agradeceríamos: luego sofrena, y otra vez apunta y luce su tersura de tabla arcaica bien imitada, para después nuevamente sumirse en tenaces alquimias de imágenes y metáforas.

Miró, idealista y lírico, en fuerza de realismo y color—óptima tradición artística española—sigue pintando—cantando—a Levante, (su provincia, brava al Norte y mullida al Mediodía, de la que no suele salir en sus libros costumbristas, como no sea para asomarse a la linde de la nuestra, siquiera con una reminiscencia, (como la obsesión del *Angel mancebo*), y ahincando, sin regionalismos léxicológicos, sino con una posesión asombrosa del idioma y con todos los registros de la emoción, una literatura de marco regional que invade y oscurece con sus brillos diáfanos la gris modorra de la nacional. Mientras no surja quien preste a ésta la pletora y la ponderación de que viene necesitada, para muchos—hemos de confesarlo sinceros—este ungido Miró seguirá siendo, en el orden de la ficción y la literatura, con algún otro contado escritor, nuestra mayor admiración.

ANDRÉS SOBEJANO

LIBROS RECIBIDOS

Emilio García Gómez.—Un cuento árabe fuente común de Abentofáil y de Gracián.—Madrid, Impr. de la Rev. de Arch. Bibl. y Museos, 1926.

Ángel Valbuena Prat.—Teófilo. Esbozo de una vida, 1898-1925.—Madrid, 1926.

Collection Edmond Jaloux. Jean Cassou.—Les Harmonies Viennoises. París, Editions Emile-Paul Frères, 1926.

Jules Supervielle.—Le Voleur d'Enfants. París, Editions de la Nouvelle Revue Française, 1926.

Gabriel Miró.—El Obispo leproso. Novela. Obras completas; 3. Madrid, 1927. 5'00 pesetas.

Antonio Espina.—Pájaro Pinto. Colección «Nova Novorum»—Revista de Occidente. Madrid, 1927. 3'50 pesetas.

Rafael Alberti.—La Amante. Canciones. Suplemento 2.º de LITORAL. Imprenta Sur. Málaga, 1927. 4'50 pesetas.

REVISTAS

LITORAL. Núm. 2. Diciembre, 1926. Tres poesías: Luis Cernuda—Anadyomenas: Antonio Marichalar—Seguidillas de la noche de San Juan: Gustavo Durán—Poemas de asedio: Manuel Altolaguirre—Dibujos ilustrados de la serie titulada «Schola Cordis»: José Moreno Villa—Baladas para acordeón. Delgadina: José M.^a Quiroga Plá—Palpitaciones cinelaudas: Ramón Gómez de la Serna—Portada y dibujos de Benjamín Palencia. Imprenta Sur. Málaga.

MEDIODIA: Revista de Sevilla. Director: Eduardo Lloset. Secretario: R. Porlán y Merlo. V. 1926—José Bergamín: Transparencia y reflejo. Mauricio Bacarisse: «Poesía». Luis Cernuda: «Presencia de la tierra». J. Romero Murube: «Sombra apasionada». J. Moreno Villa: Juicio. Fernando Villalón: «La mañana de San Juan». Neorama. Ornametación de Juan Miguel.

LA GACETA LITERARIA: Núm. 1. 1.º Enero.—J. Ortega y Gasset: Sobre un periódico de las letras. E. Giménez Caballero: Pío Baroja, ingeniero de sus novelas. Otros originales de A. Castro, R. Gómez de la Serna, A. Espina. Crítica de libros.

Núm. 2. 15 de enero.—Pío Baroja: Pequeños temas literarios.—B. Jarnés: Gabriel Miró. Otros originales de M. de Montoliu, E. de Castro, J. Chabás, L. Buñuel, R. de Basterra. Crítica de libros.

RESUMEN LITERARIO. La Libertad. Madrid.—Juan Chabás publica todos los viernes con aquel título una sección de notas críticas e informativas, donde recoje con gran acierto la vida literaria española y extranjera.

VERSO Y PROSA

BOLETIN DE LA JOVEN LITERATURA

EN MADRID: León Sánchez Cuesta, Mayor, 4.

EN MURCIA: Merced, 22.

Precio del ejemplar: 50 céntimos.